

UN RECUERDO EN LA PARED

Sergio G. Robles

Se imaginó a su hija y a su esposa ocupándose de los platos del finalizado almuerzo dominical, después del cual había venido a refugiarse a su estudio. El hombre estaba casi dormitando en la calma un poco más que tibia del cuarto que, años atrás, había armado en lo que anteriormente había sido un dormitorio más de la casa. Estaba ubicado sobre el garaje y el único acceso era la escalera que comenzaba a ascender en un rincón de la cocina.

Había decidido poner su escritorio enfrentando la ventana porque eso le permitía ver las puestas de sol entre las hojas de los robles, árboles cuya altura sobrepasaba la de la casa. Nunca había cambiado el escritorio de lugar.

Consideraba a esos árboles entrañables amigos después de tantos años. En verano, los árboles protegían su cuarto de los rayos del sol con sus hojas verdes. En otoño se teñían de muchos colores con el correr de los días y finalmente caían al suelo, distribuyendo el color marrón por todos lados, permitiendo que los rayos del sol entibiaran su refugio cuando la temperatura exterior bajaba hasta jugar con el 0, y mostrando parcialmente la casa de sus vecinos. La primavera ponía fin a la desnudez de las ramas y las nuevas hojas iban limando poco a poco el campo visual a través del bosque.

Se desperezó un poco y paseó la mirada, una vez más, por los adornos colgados en la pared a su derecha. El escudo de su primera unidad, los escudos de las unidades comandadas. El regalo de su última plana mayor cuando había dejado el servicio activo.

En la pared opuesta, estantes con sus libros predilectos y fotografías de sus padres, su esposa y sus hijos, estas últimas, las más numerosas. Más arriba, una acuarela del colegio extranjero donde había obtenido su primera maestría, un cuadro que mostraba las insignias y medallas obtenidas en su carrera y un cuadro más pequeño. Dentro del mismo había una tela verde desteñida. En el centro había un escudo dibujado sobre un campo azul celeste cruzado por una franja blanca horizontal. Mostraba dos hipocampos alados enfrentados. Entre ellos había una espada con la empuñadura hacia arriba, y sobre ellos el velamen de un paracaídas cuyas cuerdas se juntaban en la punta de la hoja de la espada. En un círculo alrededor del escudo se leía "Comando Anfibio" y "Argentina".

El Capitán de Fragata IM (R) Sergio Gustavo Robles egresó de la Escuela Naval Militar en diciembre de 1970. Prestó servicios en batallones de IM, Agrupación de Comandos Anfibios, Centro de Instrucción y Adiestramiento de IM y en la Fuerza de Apoyo Anfibio. Fue Comandante de la Agrupación de Comandos Anfibios, Jefe del Servicio de Operaciones Navales Especiales y Comandante del Batallón IM N° 2. Se desempeñó como profesor en la Escuela de Oficiales de la Armada y en la Escuela de Guerra Naval. Realizó el Curso de Comando y Estado Mayor en la U.S. Marine Corps y obtuvo la Maestría en Estrategia de Seguridad Nacional en la National Defense University (Washington, EE.UU.). Frecuente colaborador de este Boletín y otras publicaciones de la Armada con artículos propios y traducciones del inglés. El Círculo Militar publicó su traducción del libro Manual de la Guerra de Maniobras. Pidió su pase a retiro a fines de 1996.



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 819

Enero / marzo de 2008

Recibido: 3.8.2007



Con toda la curiosidad de los 6 años, un niño abrió sigilosamente la puerta y lo observó, sacándolo de los recuerdos que comenzaban a fluir. El hombre le devolvió la mirada en silencio por unos segundos y luego le guiñó un ojo. Eso bastó como señal para que el niño entrara y se sentara, una vez más, sobre sus rodillas. Permanecieron en silencio durante un rato, mirando por la ventana, escuchándose mutuamente los corazones. De repente, el niño dijo:
–Abuelo, ¿qué es eso?
–Eso, querido nieto...

La noche era completamente oscura. Sabía que la luna no se levantaría hasta más tarde. Tampoco había viento que incrementara la baja temperatura y llevara sonidos y olores de paseo por el terreno sembrado de matorrales cuya altura no sobrepasaba un metro.

Estaba muy cerca. La adrenalina fluía libremente en su torrente sanguíneo y todo su poder de percepción se concentraba en dos metas: recibir señales que pudieran poner en peligro cumplir la segunda tarea de su misión y elegir la mejor ruta hasta su objetivo. No lo sabía con certeza, pero sospechaba, con su sexto sentido, que alguien había escuchado su aproximación y en ese mismo instante estaba orientando la recepción de sus sentidos en su dirección. Y tenía razón.

A quien estaba del otro lado le había parecido, por algunos segundos, que había escuchado un ruido. Agudizó su sentido del oído y permaneció alerta por algunos segundos más. Finalmente, se decidió enviar una señal de advertencia. Por las dudas. Una sola vez, en la dirección en la que le había parecido escuchar el ruido, ladró. No con todas sus fuerzas, porque sólo era una advertencia a quienquiera que estuviera allí afuera, como él, en el medio de la noche.

–¿Y ahora qué? –se preguntó el comando anfibio comprendiendo, al escuchar el quedo ladrido, que el perro lo había descubierto.

El submarino entró lentamente a la bahía a profundidad de periscopio. La noche era completamente oscura, sin luna y sin viento. Poco después, lentamente, la vela comenzó a emerger de las oscuras aguas y paulatinamente la cubierta se hizo visible. No se había terminado de escurrir el agua de la misma cuando diez figuras humanas ya se habían distribuido en la cubierta trabajando afanosa y silenciosamente con tres bultos por cada grupo de cinco hombres.

Algunos minutos después cuatro bultos se habían transformado en dos botes de goma que eran deslizados al agua. Sendos motores fuera de borda los siguieron y fueron ajustados a la popa de los botes.

Los cinco hombres de tripulación descendieron a los botes y los alejaron del submarino impulsándolos con sus remos. Los motores fuera de borda permanecían en silencio. Cuatro hombres de la tripulación del submarino que habían sostenido las bozas y coderas volvieron a meterse en la cavidad del navío. El comandante del submarino se mantuvo viendo el alejamiento de los botes por el periscopio hasta que desaparecieron en la noche.

Cuando los cascos de los botes produjeron el tan consabido ruido al raspar la arena del fondo en inmediaciones de la playa, los tres hombres que ocupaban las posiciones a proa de cada bote abandonaron los mismos y, sin preocuparse del agua que les rodeó inmediatamente los pies hasta más arriba de las botas, tomaron las cuerdas de los costados y tiraron de las mismas arrastrando los botes hacia la playa. Los dos hombres de popa remararon durante unos pocos segundos más y luego imitaron a sus compañeros.

Sin decir una palabra, la dotación de un bote levantó al mismo en el aire, músculos tensos, y se encaminó hacia los matorrales invisibles que la inteligencia leída una y otra vez les aseguraba que estaban más adelante. El otro bote lo siguió detrás. Finalmente los vieron, exactamente 23 metros después de haber dejado atrás el agua salada de la bahía. Continuaron por otros 3 metros y el bote de vanguardia se detuvo. El otro se abrió tres metros hacia la izquierda y también se detuvo.

Tres comandos anfibios se destacaron hacia delante no más de cinco metros, formando un triángulo con un vértice próximo a los botes y los otros dos más adentro en el terreno interior. De los otros siete comandos anfibios, cuatro comenzaron a sacar material de unas bolsas que lo habían mantenido impermeabilizado. Los otros tres volvieron atrás y se ocuparon de disimular sus huellas en la playa. Cuando abandonaran la isla, la marea se ocuparía de esa tarea.

Ocho minutos más tarde, mientras los tres hombres de seguridad continuaban en sus puestos, los cuatro que habían trabajado en la playa se reunieron con los tres que trabajaban en proximidades de los botes. La misma tarea, más manos expertas. Apenas si sentían el frío.

Diez minutos. Hora de iniciar la marcha. Quien aparentaba ser el jefe de la patrulla terminó de colocarse la mochila a la espalda y escudriñó en la oscuridad de la noche hacia cada uno de los otros seis. Todos estaban listos, incluyendo medias secas, excepto el cabo primero más moderno, que tenía algún problema con el tirador izquierdo de la mochila. Su designada pareja lo ayudó y entonces sí, todos estuvieron listos. A una señal convenida, los tres hombres de seguridad se aproximaron un poco hacia los botes sin dejar de observar hacia los sectores que tenían asignados. Para cuando terminaron de ocupar sus posiciones alrededor de los botes, sus siete compañeros se habían perdido en la noche a cumplir su misión.

Los siete habían aprendido cada detalle del camino de marcha hasta el primer objetivo. Cualquiera de ellos podía encontrarlo. Cualquiera podía decir con precisión dónde estaban. Todos los materiales necesarios para cumplir el primer objetivo seleccionado estaban triplicados. Cada conjunto de materiales había sido distribuido a cada una de las parejas. Si todas las parejas llegaban, de lo cual ninguna tenía dudas, solamente una de ellas no los utilizaría y volvería con ellos al submarino. Por las dudas. Para el segundo objetivo seleccionado solamente hacían falta destreza y coraje.

Avanzaban en una dirección general paralela a la playa. Una importante tarea del planeamiento de la operación había sido dibujar un perfil del terreno siguiendo aproximadamente la ruta de marcha hasta el objetivo. Por eso sabían que estarían subiendo y bajando pequeñas alturas continuamente y que cuando se encontraran en el fondo de las depresiones entre dos alturas podían llegar a encontrar agua. La isla recibía nevadas durante todo el año, nieve que se derretía y fluía hacia el mar. La zona era boscosa y sería así hasta que estuvieran en su objetivo, varios centenares de metros sobre el nivel del mar.

Aun cuando estaban cumpliendo los horarios previstos querían ganar tiempo. La segunda fase de la marcha sería difícil, y no estaban seguros de cuán difícil. Cualquier tiempo que ganaran ahora sería útil más tarde. Aunque por inteligencia sabían que nadie andaba afuera a esa hora por esa zona, su preocupación principal era no hacer ruido. A su izquierda, a pesar de la oscuridad de la noche, podían identificar el distinto tono oscuro del mar.

De tanto en tanto el hombre punta levantaba su brazo y se arrodillaba. Todos lo imitaban. Una vez en esa posición simplemente escuchaban los ruidos de la noche, cada uno un sector preasignado, analizando que fueran los ruidos normales de la naturaleza y no producidos por seres humanos. El sentido de la vista había pasado a segundo lugar. Algunos hasta cerraban momentáneamente los ojos para concentrarse más en escuchar.

Permanecían en esa posición entre 30 y 45 segundos, tiempo que el hombre punta contaba en silencio. Luego se levantaba y reiniciaba la marcha. Como atados por una cuerda invisible, todos continuaban la marcha detrás de él.

El hombre punta y el jefe de la patrulla, que marchaba detrás de él, percibieron a su izquierda, casi al unísono, el promontorio rocoso que se internaba en el mar. Era la característica geográfica que les indicaba que debían cambiar de rumbo. El hombre punta no se detuvo y el jefe continuó en silencio. Cuando las rocas estaban exactamente a su izquierda, el hombre punta se detuvo y se arrodilló. El jefe avanzó y se arrodilló junto a él. El sexto hombre de la columna también continuó avanzando y se arrodilló junto a los otros dos. Era el segundo jefe de patrulla.

Después de la breve conferencia, la columna dejó el mar a sus espaldas y se internó hacia el terreno interior para recorrer la pierna final que los llevaría al primer objetivo. Lo que habían recorrido hasta ese momento era simplemente para entrar en calor comparado con lo que debían recorrer ahora. La ruta elegida los llevaba hacia la planicie enfrentando directamente la fuerte pendiente ascendente. A veces tenían que serpentear para poder vencer la caída e inmisericorde oposición de la naturaleza. Otras veces, solamente usando brazos y piernas podían continuar el ascenso.

Treparon cuesta arriba sin detenerse hasta que el terreno se niveló, casi sorprendiéndolos. Gracias a las fotografías aéreas sabían que estaban frente a su objetivo. Los dos tanques estaban próximos, lo cual les facilitaba las tareas. Tres hombres se pusieron a trabajar sobre cada uno, mientras el jefe escudriñaba la oscuridad en dirección al único sendero que se aproximaba al lugar y moría en él. La patrulla había llegado por el rumbo opuesto al sendero, una ruta "inaccesible". No para ellos.

Tres minutos. Tiempo. Caminó primero a un tanque, todo listo. Luego al otro, siguiendo la triple unión de cordón explosivo que ahora los unía. Todo listo allí también. A una señal iniciaron los detonadores de tiempo preparados para darles todo el tiempo que necesitaban.

—Por acá —dijo el jefe de la patrulla, hablando por primera vez desde que habían dejado la playa.

Se internaron entre los matorrales hasta encontrar la fractura en el terreno que habían identificado en las fotografías aéreas. Era como el cauce de un arroyo seco, con tierra floja en el fondo, perfecta para avanzar en silencio. Su profundidad les permitía ocultarse de la cintura para abajo. Cuatrocientos metros más tarde, el segundo objetivo se perfiló en la noche, y la patrulla de comandos anfibios se dividió de acuerdo con el plan.

El comando anfibio designado por su superior habilidad para esa tarea particular, seguido por el jefe de patrulla y otro integrante de la misma, se dirigieron al objetivo. Los otros cuatro, al mando del segundo jefe, se desplegaron en semicírculo para cubrir el objetivo desde distintos ángulos y también para que si algo iba mal los tres incursores pudieran encontrar ayuda individualmente al replegarse.

El jefe y el otro integrante se arrodillaron y dejaron que el otro comando anfibio del trío continuara su avance. Lamentablemente, las condiciones meteorológicas no habían cambiado: un poco de viento provocando algunos sonidos hubiera ayudado.

La luz encendida en uno de los cuartos de la casa se derramaba por las inmediaciones a pesar de la visible cortina en la ventana. Ese resplandor le facilitó identificar la posición del objetivo. Avanzó un poco y se detuvo a escuchar. Repitió esa rutina una y otra vez. Sabía lo que podía esperar. Era solamente cuestión de tiempo. Avanzó otra vez y otra vez se detuvo. Ya estaba muy cerca. Fue entonces cuando el perro lanzó un quedo ladrido.

—¿Y ahora qué? —se preguntó el comando anfibio comprendiendo, al escuchar el quedo ladrido, que el perro lo había descubierto.



De las varias opciones que se le habían estado ocurriendo para resolver esta situación eligió la más simple. Le contestó al animal con dos apagados y amigables silbidos, como llamándolo a su lado.

El animal, de pelo largo negro y blanco, raza indefinida, apareció entre los arbustos a la derecha del incursor. Se detuvo a mirarlo cuando lo vio y el comando anfibio repitió sus silbidos sin vacilar, sin darle tiempo a recelar. El perro llegó hasta él meneando su cola. El comando anfibio lo palmeó en la cabeza, le hizo cosquillas detrás de las orejas, y lo invitó a seguirlo cuando se movió exploratoriamente hacia el frente un par de pasos. El animal lo siguió.

El incursor llegó al objetivo y obtuvo lo que necesitaba. Para mantener a su circunstancial compañero de cuatro patas bajo control, conversaba calladamente con él casi en forma continua, incluso cuando inició su retirada del lugar. Tenía miedo de que al acercarse a sus compañeros de patrulla el perro ladrara en serio al detectarlos. ¿Qué debía hacer? ¿Aceptar el riesgo? ¿Eliminar las posibilidades de riesgo? En previsión de lo que pasara, probó lentamente que su negro cuchillo de combate estuviera listo a dejar su vaina.

Decidido a esperar la reacción del animal, continuó poniendo más y más distancia entre él y la casa. De repente el perro se detuvo. Fijó sus sentidos en la figura del comando anfibio que esperaba arrodillado y gruñó. Tiempo de decisiones. El incursor se agazapó junto a él sin detenerse y le susurró algunas palabras para calmarlo, al mismo tiempo que lo palmeaba en la cabeza. El animal lo siguió en silencio. El jefe de patrulla también lo acarició con una mano cuando lo tuvo a su lado, mientras con la otra metía dentro de su chaqueta enmascarada lo que su subordinado le había entregado.

El repliegue continuó hasta que todos estuvieron juntos. Estaban suficientemente alejados de la casa como para preocuparse de la actitud del perro, que insistió en seguirlos. Mientras aceleraban el paso rumbo a la playa donde habían dejado los botes, notaron que el viento había comenzado a soplar suavemente y que la luna estaba lanzando destellos aunque aún no se la veía. No tardó más que unos minutos en superar la línea del horizonte y bañar todo con su luz blanca.

Finalmente llegaron a la playa, con perro y todo. Intercambiaron señales de reconocimiento con los que habían quedado detrás y, sin descanso, revisaron rápidamente los botes y alistaron los motores. En esta fase de la operación los utilizarían para alcanzar el submarino.

Mientras caminaban con los botes al hombro rumbo al agua, el comando anfibio que estaba en la proa del bote tropezó con un endurecido montículo de arena formado alrededor de un trozo de madera y, sorprendido, cayó cuan largo era sobre la arena. El bote por poco lo sigue, pero el resto de los tripulantes se recuperó a tiempo y pudo balancearlo hacia la popa para compensar la súbita ausencia de apoyo en la proa. El accidentado se levantó rápidamente, corrió por afuera de la formación que ya lo había sobrepasado y retomó su posición.

El viento aumentaba en intensidad cada segundo. Las sombras de los diez hombres se reducían a la luz de la luna a medida que la misma aumentaba su ángulo sobre el horizonte. Depositaron los botes en el mar cuando los tres hombres en la proa de cada uno tuvieron el agua apenas por encima de la rodilla. Inmediatamente saltaron dentro de las embarcaciones y empuñaron los remos, mientras el jefe de patrulla y el quinto integrante, uno a cada lado de los motores, continuaban caminando sobre el fondo del mar. Cuando el agua les llegó a ellos por encima de las rodillas, también treparon dentro de sus botes.

Los motores arrancaron y ambos botes pusieron inmediatamente rumbo al submarino. Se percataron entonces de con cuánta fuerza soplaba el viento. También se dieron cuenta de que oscuras nubes estaban cubriendo la luna casi continuamente. Fue entonces cuando todo se complicó.

–Señor –dijo el comando anfibio que estaba sentado próximo a él–, a Garayoa le falta el cargador de la UZI. Se le debe haber soltado cuando se cayó en la playa.

La imprecación no se hizo esperar. Luego comenzaron las rápidas preguntas en el interior de su cerebro: ¿Qué hacemos ahora? ¿Nos olvidamos y esperamos que nadie lo encuentre? ¿Volvemos a la playa a buscarlo? ¿Cuánto tiempo queda antes de que el primer objetivo vuele por el aire? ¿Cuáles van a ser las condiciones del tiempo y el mar al llegar a la playa? ¿Cómo va a estar el tiempo cuando iniciemos el regreso desde la playa? Tenía que tomar una decisión: el submarino estaba a la vista.

–Llame al otro bote –le dijo al comando anfibio que estaba al otro lado del motor.

Cuando el bote estuvo a su lado, por sobre el ruido del viento y los motores le comunicó la situación y su decisión al patrón del mismo, tercero en la cadena de comando de la patrulla. Cuando los botes se separaron, torció la dirección del motor hacia la derecha, puso el bote en dirección a la playa y torció su muñeca para aumentar las revoluciones del motor. El otro bote continuó rumbo al submarino.

Antes de llegar a la playa sintieron los primeros copos de nieve golpeando contra sus caras. La velocidad del bote y la del viento combinadas hacían sentir los impactos con rudeza, pero no había tiempo que perder: las condiciones meteorológicas empeoraban.

Con la pata del motor destrabada, embicaron en la playa poco menos que a velocidad de crucero. El perro brillaba por su ausencia. Solamente un comando anfibio permaneció al lado del bote, y ya estaba tirando de la boza para apuntarlo hacia el mar. Los otros cuatro se desplegaron dos hacia cada lado, buscando las huellas de su partida.

Los dos de la izquierda, Garayoa y el segundo jefe de patrulla, las encontraron a menos de cincuenta metros y avanzaron hacia el interior buscando el lugar de la caída. Cuando lo encontraron, Garayoa se tiró cuerpo a tierra para mirar a ras de la arena. El jefe de patrulla se había acercado a la mitad de la distancia entre ellos y el bote.

Garayoa señaló en una dirección pero el otro comando anfibio encontró sólo arena. Repitieron el procedimiento, sin suerte. A la cuarta tentativa, el comando anfibio levantó con alegría el cargador perdido. Garayoa se levantó y ambos corrieron hacia el bote. El jefe de patrulla se incorporó a la carrera. El bote ya estaba a profundidad suficiente para trabajar con el motor.

Sin preocuparse por la mojadura, entraron al agua corriendo y se subieron al bote. Segundos después se encontraban navegando a la máxima velocidad posible hacia el submarino. El viento soplaba con fuerza y la nieve volaba horizontalmente. El mar estaba encrespado y el bote a veces subía y bajaba, a veces cortaba el agua con fuerza lanzando al aire masas de agua que frecuentemente caían sobre los tripulantes.

En un increíblemente corto espacio de tiempo todos sintieron el efecto combinado de la baja temperatura, el viento y el agua y la nieve mojando sus caras y manos. El jefe de patrulla sintió que la cara se le estaba congelando. Cuando se hallaron en proximidades del submarino vieron que el mismo estaba inclinado fuertemente hacia la banda de estribor por la fuerza del viento golpeando su vela.

El jefe de patrulla decidió abordarlo por la banda de estribor. Adivinando su decisión, los otros cinco miembros de la patrulla estaban esperándolos de ese lado. Tres miembros de la tripulación habían salido a cubierta para ayudarlos. La boza y la codera volaron hacia la cubierta del navío gris oscuro. Pocos minutos más tarde, la operación había concluido. Diez comandos anfibios bebían café caliente mientras el submarino abandonaba la bahía y ponía rumbo al norte.

El jefe de patrulla terminó de hurgar en sus recuerdos. –Por ahora, solamente puedes mirarla, ahí sobre la pared. Algún día te contaré una historia interesante. ¡Tal vez hasta te la regale! –dijo el abuelo, y comenzó a hacerle cosquillas a su nieto. ■